

# Bajo aquel ciprés

por Francisco Vera Aguilar



Sin pretensión alguna, sobrepasando casi los límites de lo humilde a lo menesteroso, reposa tranquila una pequeña tumba a los pies de un ciprés.

Ni es ni más ni menos fría que las demás, ni deja de estar rodeada de plantas parásitas como las que le acompañan; incluso invadida a veces por la hierba que persiste en brotar allí donde alguien se opone tenaz a que medre, sin conseguirlo totalmente. Es la lucha de la naturaleza con la voluntad, sin que ninguna de las dos se quiera dejar vencer por su oponente.

A menudo, una cabeza se inclina hacia la tierra mientras unas manos se afanan por desbrozar de plantas el hueco que deja adivinar el cuerpo de un niño: es decir, lo que fue el cuerpo de un niño, porque ya la tierra se ha cobrado de lo que es suyo, prematuramente, en las carnes gordezuelas y sonrosadas de un precioso querubín.

El hombre que se inclina para limpiar hasta de la más mínima brizna la menuda gravilla que tapa la tierra que cubre el cuerpo querido, pone tanto sentimiento como voluntad, porque es un padre que, en contraste con la fría serenidad de lo inevitable, recibe el cálido aliento que exhala, por terrosos poros, una vida que se le escapó entre los brazos.

Y piensa, mientras realiza la faena, piensa en el ser o no ser, en el existir o no de la vida, y siente una gran pena por aquellos que dudan. ¿Es que no sufren? Y si sufren, ¿no se encuentran a sí mismos en el sufrimiento, sirviéndoles la misma amargura de sedante para aquietar el ser que se agita entre convulsiones de anhelos indefinidos?

El encuentra, incluso, felicidad en el sufrimiento, más que en el goce, porque el dolor es más perdurable y se lo proporciona algo que lo hizo muy feliz y lo sigue haciendo el agrí dulce recuerdo de lo que amó y sigue amando junto a la fría tumba que se ampara en la sombra del ciprés.

El cree en la vida, porque la tuvo muchas veces en sus brazos, sintiendo en sus mejillas el hálito vivificante del ser que era su ser; y si al pensar en sí podía haberle alguna duda, ésta era totalmente desechada al pensar en su continuación.

Es un buen sitio de meditación para él. A pesar de la invasión de las construcciones de habitación que rompen irrespetuosamente la soledad del más tranquilo de los recintos, aproximándose casi agresivas a los acogedores muros de un convento, el mundanal ruido se resiste a traspasar las tapias que guardan las moradas de los que reposan el último sueño.

Y escucha, escucha atento y complacido, porque en ellas no hay agresividad de ninguna clase. Son voces sin ecos, porque donde se dicen no hay concavidades ni recovecos. En esas voces no percibe el tono meloso e insinuante de la lujuria, el cascado y anhelante

del vicio, el estridente y bajuno de la envidia, el desaforado de la ambición, lo que oye es una charla plácida que destila amor, el amor que se profesan entre sí aquéllos que hablan sin palabras ni sonoridades, pero que se adentran en la razón para recapacitarlas.

Y recapacita, y lo invade la angustia pensando en el triste destino de una humanidad que no sabe encontrar la paz más que en la muerte.

¿No sabe...? ¿No quiere...? ¿No puede...? Triple pregunta cuya contestación es una interrogación escrita en el infinito.

¿Quién puede penetrar en los misterios de la Naturaleza?

En la Naturaleza no hay nada superfluo en cuanto a lo material ni en cuanto a lo moral, todo tiene una misión específica que cumplir que casi siempre escapa a la percepción humana, incapaz de penetrar en designios que están por encima de nuestra mentalidad, a pesar de que la ciencia y la técnica sean capaces de llegar a Venus o Júpiter.

En la Naturaleza todo tiene una compensación funcional y, por lo tanto, lógica; y la humanidad se aproximaría a su propia perfección, si le fuera dado descubrir cuál es la compensación entre lo malo y lo bueno, por ejemplo.

A Goliat lo venció David; los filisteos, al fin, vencieron —por la traición— la fuerza extraordinaria de Sansón; al coloso de Rodas lo abatió la Naturaleza misma.

La compensación entre la inteligencia y la fuerza —la lucha de David con Goliat— fue la edificación de un reino. Entre la traición y la lealtad —Dalila fue traidora y leal—, la destrucción de un templo. Entre la soberbia y la ley natural —Apolo fue erigido por la soberbia—, el derrumbamiento de un mito.

Pero esto no son más que divagaciones en loco empeño de relacionar lo conocido con lo oculto.

¿Quién vence lo invencible, ni penetra lo impenetrable?

Ayudado por el ciprés y clavada la mirada en la tumba, escucha las imperceptibles voces que vienen de arriba —del ciprés— cada vez más elocuentes, más precisas; es tal la precisión, que se entabla un diálogo:

—Y tú, ¿qué haces ahí? —le preguntan.

Contestar sin convicción es contestación errónea, y no le han dado tiempo de buscar la convicción, pero se sacude brusco por no dejar escapar la ocasión del diálogo y contesta:

—Trato de descifrar lo que hay ahí debajo —por la tumba—.

—Ahí debajo hay lo que tú quieras que haya. Fíjate en aquella, la siguiente; no la cubre totalmente la hierba, porque tú la quitaste; hubo alguna vez una flor, porque tú se la pusiste; en esa no hay nada, por un motivo o por otro está vacía, pero en esta... estás tú mismo. ¿No te das cuenta que es un trozo de tu propio ser? Y, tú eres, te sientes, te palpas, te encuentras a ti mismo, imprecisamente, porque tu razón poco puede penetrar más allá de la materia, pero escuchas al latir de tu corazón, el golpeo normal de tu vivir material y también la aceleración jadeante de algo que presientes y no puedes definir, pero que te causa inquietud, lo sables.

—No, no lo sé, pobre de mí; en todo caso, como decías antes, presiento. Pero quisiera saber: ¿por qué, de dónde dimana, qué es lo que provoca la angustia que oprime la garganta y aplana el ser?

—Es la vida, la manifestación de tu vida íntima, a la que tú mismo no te puedes asomar porque desconoces las sensaciones que te inquietan; es la sensación del sentir de una de las dos grandes pasiones que dominan al mundo: el Amor y el Odio.

Si es el amor, sangrará tu corazón y la sangre manará por tus ojos, purificada, en forma de gotas cristalinas que te proporcionarán un gran desahogo; pero si es el odio... tu corazón también sangrará, pero por tus ojos no manará desahogo alguno, porque el odio es insaciable; será juguete, entonces, de todas las bajas pasiones que anidan en el tenebroso imperio de la ambición.

—No te desalientes —dice—; el desaliento es una manifestación de la cobardía. Tienes que luchar, la meta de la existencia es el triunfo, y éste es imposible sin lucha.

—¡Luchar! ¿Contra quién?

—Contra ti mismo, vencíndote y convenciéndote. Así nadie te podrá vencer y será inútil cuanto hagan por convencerte, pero convicciones hay muchas, puede decirse que una para cada uno de los que se ponen a pensar; busca la tuya propia y desecha las de los demás; no caigas en el error de creer que la convicción es patrimonio de inteligencias privilegiadas; la convicción es más bien producto de la conciencia, y a ésta se la manda más con el corazón que con la mente.

—Temo la lucha. ¿Si el odio fuera más fuerte...!

—No temas, el odio tiene sus dominios delimitados. Existió y existirá siempre, pero hay un valor imperecedero que nadie ni nada destruirá. El odio no es congénito, lo adquirieron en los avatares de la vida aquéllos que estaban carentes de conformidad. El amor, sí; por amor se concibe la vida, y el primer sentimiento que se experimenta es el amor que emana de la inocencia; este es el principio y el fin; con amor se nace, y sea cual sea la actuación en la vida, en los trances de la muerte no faltará una disculpa ni un recuerdo, y esto, aunque no se sepa o no se quiera comprender, es amor.

Alguien, para hacer alarde de su desmedida ironía, ridiculizó el amor, pero no se acordó más que del amor trivial, del casual y pasajero o el sexual, porque el amor verdad era sagrado para él, ya que tenía madre.

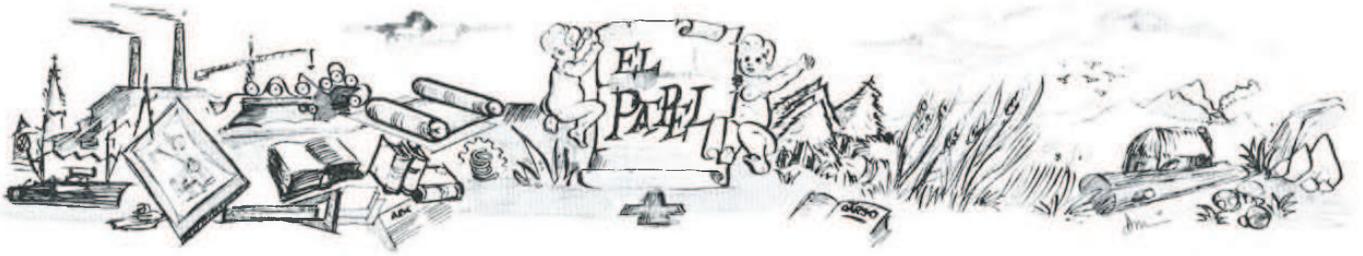
—Dime, ciprés, tú que así hablas, ¿eres o tienes algo que ver con Dios?

—Si yo fuera Dios no te estaría hablando ahora, pobre de ti. ¿No percibes, aunque no la comprendes, la Naturaleza? Conformate con esto, porque eres una cosa creada y lo creado no puede ver ni saber de su creador.

—Y ¿por qué de este destino incierto? —vuelve a inquirir el hombre terco.

El aire arcecia el envite y el ciprés se remueve furioso sin que ya nada más pueda entender, bien porque el enojo del murmullo sea ahora duradero o bien porque se acercan una mujer y dos niños silenciosos como si temieran despertar al que hace mucho no inquietan los ruidos del mundo; que no llegó a ver más que con los ojos de la más pura inocencia, y del que se fue sin conocer las inquietudes que trae consigo el nacer.

Pero la curiosidad infantil inquiera y, la mujer al satisfacerla, entrecortadamente primero, la va animando el recuerdo querido —es la madre— y relata todo lo que fue la corta vida de su primer hijo.



## Rentería, la Villa papelera

por José María Busca Isusi

Diversos pueblos guipuzcoanos han recibido un sobrenombre generalizado. Sobre todo, por medio de los cronistas deportivos, quienes han popularizado los oficios que diariamente realizan los futbolistas de cada pueblo en su labor no deportiva.

Así, a los del Ilintxa se les llama tizoneros; a los del Beasáin, vagoneros; cerrajeros, a los de Mondragón, y a los de Rentería, galleteros o papeleros.

Hoy voy a hacer referencia a esta última denominación.

No creo que, aparte del de hacer pan, haya en el mundo más honrado oficio que el de hacer papel.

Toda nuestra civilización se basa en él. Ninguna actividad humana es extraña a él.

No voy a hacer una descripción histórica del proceso del papel desde los lejanos papiros egipcios a nuestros días, ya que en esta misma revista es fácil que haya aparecido alguna, y si no lo hubiese sido, cualquier diccionario podría satisfacer al lector curioso.

No sé a qué circunstancias puede deberse que la industria del papel se haya establecido de forma tan importante en esta tierra.

Las instalaciones papeleras del País Vasco suministran la mayoría del papel que en España se consume.

Pero la cosa no queda sólo ahí. La más gigantesca empresa de papel, "La Papelera Española", es una obra de vas-

cos. Rafael de Picavea y Nicolás María de Urgoiti fueron dos paisanos, que no sólo se dieron cuenta de la importancia creciente del papel en nuestras vidas, sino que hombres prácticos, como vascos que eran, plasmaron sus ideas en esa gigantesca empresa que suministra, no sólo el papel de consumo diario, sino la mayor parte del papel de prensa que se consume en España.

Ellos se dieron cuenta de la escasez de primeras materias, esto es, de madera, con que la industria papelera se iba a encontrar, e iniciaron las plantaciones de chopos.

Todavía, cuando revuelvo mi biblioteca, suelo tropezar con unos folletos que sobre el cultivo del chopo editó "La Papelera Española", precisamente en papel de chopo.

Tuvieron muchos contratiempos en sus empresas, y con el fin de fomentar el consumo de papel, crearon dos periódicos en Madrid, que fueron "La Voz" y "El Sol", y crearon en unión de la Editorial Espasa, la actual Espasa-Calpe, de cuya importancia en nuestra vida cultural es ocioso hablar.

Hoy, la tremenda proliferación de las plantaciones del *Pinus Insignis* ha atenuado el problema, aunque no resuelto, ya que son precisas otras primeras materias como el albardín y el esparto, o simplemente recurrir a importaciones de maderas o pulpas de países más favorecidos en estos renglones que nosotros...

Me dicen que hay unos tremendos

proyectos de aumentar la producción de papel de prensa en Rentería.

Yo creo que al final será un motivo de orgullo para Rentería poder presumir que el papel de prensa que se consume en España viene todo o casi todo de las orillas del río Oyarzun.

Con los tremendos avances de la técnica, se prevén sustituciones de productos hasta ahora considerados como imprescindibles. Tal es el caso del carbón, sustituido por el petróleo, aún muy recientemente, cuando ya prevenimos que éste, en parte, puede ser sustituido por la fuerza atómica, pues los europeos hemos lanzado un primer barco atómico que no gastará ni carbón ni petróleo.

Sin embargo, para el papel, no creo que de inmediato se vea sustituido.

No creo que se puedan producir plásticos sintéticos que lo sustituyan.

Es curioso lo que ha sucedido con los embalajes.

Debido al tremendo desarrollo de la industria papelera, es hoy corriente ver transportados libros y alimentos en "containers" de cartón ondulado.

Esto parece que podría haber traído una severa crisis en la producción de madera, ya que hasta hace muy poco, el embalaje clásico eran las cajas de madera. Pero resulta que la primera materia del cartón ondulado es precisamente la madera de la que antes se hacían cajas. Vemos, pues, que la industria del papel no ha actuado en este caso como depredadora.

Quienes hacen o trabajan en el papel tendrán la satisfacción íntima de saberse los productores de la materia básica de la desalfabetización del País, además de la primera materia básica de la cultura de los pueblos.

Por eso deseo de todo corazón a los renterianos, que descansen en sus fiestas. Es un descanso bien ganado, muy diferente del que pueda tener quien se dedique a la fabricación de elementos destructores.

Y a la vez que mi felicitación, recomiendo a los renterianos no olviden jamás a los pioneros de esa industria que he tratado de elogiar en las precedentes líneas

### Continuación de "Bajo aquel ciprés".

Los niños, como si comprendieran, parecen darse cuenta de que la muerte les arrebató un protector. Su infantil raciocinio les apercibe de que les falta el guía que los había de conducir en las mil correrías y travesuras propias de la inocencia de la edad.

El hombre, sin olvidar el murmullo, escucha la verbosidad palpitante de la madre en la que personifica el amor, y de buena gana preguntaría al ciprés cómo podría personificarse el odio, pero ya no le es dado reanudar el diálogo y trata de personificarlo por sí mismo. Entonces se da exacta cuenta de la diferencia entre lo espontáneo del odio y lo perenne del amor; se hace plena conciencia del incalculable número de los que lloraron a lágrima viva el arrepentimiento de haber odiado, pero ni una sola lágrima se ha vertido ni se verterá por haber amado; en todo caso, por dejar de hacerlo.

Por fin, el hombre, enderezándose lento, envuelve con una mirada cargada de sentimien-

tos indescifrables al grupo formado por la madre y los dos hijos, emotiva estampa fundamental del amor que nació con el mundo y morirá con él, y tras sacudirse la tierra pegada a los dedos, inicia el retorno a la mundanal e ignorante despreocupación trivial, prometiéndose "in mente" la pronta visita que obliga el cercano noviembre, cuando la presunción invade la sencillez natural de los que no les preocupan las vanidades del mundo, pero que patentiza el recuerdo cariñoso que se manifiesta en la castidad de una flor, la vacilante luz de una lámpara o en la suntuosa seriedad del paño negro.

Unos pasos más allá, la mujer, que se ha adelantado, volviéndose, pronuncia unas palabras por las que parece escapársele la vida:

—Otro año ya no lo tenemos.

El hombre guarda silencio, y elevando la mirada al ciprés, piensa mientras continúa la marcha: "Estará siempre que subsista el árbol que lo cobijó durante diez años".